

del partido popular, y solamente, despues de largos esfuerzos, de parte de sus ministros, acabó por ceder á la voluntad pública.

En este tiempo, Dumouriez avizaba las negociaciones con la corte de Viena, y solo, despues de las mas apretantes notas, obtuvo una respuesta mui seca, en la que el emperador daba, por condiciones de paz, las clausulas principales del tratado de Pilnitz. La asamblea, y la Francia se indignáron de semejantes amenazas: la sociedad de los jacobinos gritó, Guerra! La asamblea suplicó al rey, que la propusiese, y el consejo de ministros votó unanimemente en el mismo sentido. Luis XVI se rindió al deseo general, y, segun la constitucion, se fué al seno de la asamblea, á reclamar, en ella, la facultad de declarar la guerra á

la Austria. Semejante proposicion fué acogida con entusiasmo; pero el suceso no coronó la esperanza comun: muchos reveses señaláron el principio de la campaña, llevando la consternacion al alma de los patriotas, y reanimando las esperanzas, casi apagadas, de los privilegiados.

§ II. Segundo decreto acerca de los sacerdotes. — Acerca de la formacion de un campo de veinte mil hombres. — Destitucion de tres ministros. — 20 de Junio.

Hasta este momento, los ministros habian estado, unidos de buena fe, y, casi siempre, habia seguido el rey sus pareceres; pero algunas medidas de la asamblea, sostenidas, en el consejo por Ro-

land, Servan¹ y Claviere indispusieron, enteramente, al rey contra sus consejeros girondinos. El ambicioso Dumouriez, y el timido Duranton se separaron de sus colegas. El primero no estaba disgustado de haber sacudido el yugo del partido dominante, al que debia su elevacion, y acercarse á Luis XVI, por servicios; el segundo no miraba sino las sueldos del puesto, y solo trataba de conservarlos. El pretesto de la division fué la proposicion, que hizo Guadet de pedir al rey la destitucion de su confesor, sacerdote que no habia jurado, y el reemplazo de este funcionario por un sacerdote constitucional. Esta proposicion, discutida, por los ministros, en una con-

¹ Este bravo militar acababa de ser llamado al consejo, por presentacion de Roland.

ferencia secreta, fué aprobada por Roland, y sus amigos; pero Dumouriez, Duranton, y Lacoste la rechazaron. Desde entónces la rotura fué completa, y los dos partidos se atacaban, fuertemente, en presencia del mismo rey. Los girondinos no guardaban ya consideraciones á un colega apóstata, ni á un rey, cuya mala fé, creian poder acusar. Roland renovaba, cada dia, los mas vivos ataques, y los diarios patrioticos, revelando las discusiones escandalosas del consejo, se esforzaban, por atraer el desprecio, y el odio contra un principe cuya sola debilidad, segun ellos, impedia la ejecucion de sus proyectos contrarevolucionarios; otra fermentacion de discordia apresuró una explosion inevitable, y separó los elementos heterogeneos del ministerio.

Dos decretos, votados por la asamblea, fueron remitidos á la sancion del rey. El uno se dió, por informe del ministro de la guerra; Servan, mismo, bajo pretexto de defender la capital contra la invasion extranquera, mandaba la formacion de un campo de veinte mil hombres federados cerca de Paris. El rey vió en esta providencia el designio formal de atacar su persona, y su trono. El segundo, lanzado contra los sacerdotes desobedientes á la ley del juramento, dába á las autoridades locales el derecho de deportarlos, sin mas juicio, que la denuncia de veinte ciudadanos en actividad. Semejante rigor era ciertamente, tiranico; pero es doloroso tener que decir, que los aristócratas, por sus locas maniobras, le habian hecho, casi, necesario, y que era, entónces, el unico

medio de salvar los proscriptos del furor popular.

El rey se consternó, al recibir estos dos decretos, y quiso ganar tiempo, despidiendo la comision; pero todo se conmovia, y el partido dominante pedia una respuesta, cualquiera. El consejo votó la aceptacion de los decretos: los tres ministros girondinos lo hicieron, por convencimiento, y Dumouriez, porque vió los obstaculos, para la negativa. El rey no quiso ceder á los argumentos de sus consejeros, porque encontraba su conciencia interesada en negar la sancion, y declaró, que ya estaba decidido. Ro-^{10 junio.}land entónces le escribió una carta, que aprobáron sus dos colegas, célebre en la historia de aquel tiempo, y que decidió de la suerte de su autor: despreciaba, amargamente, la debilidad, y las tergi-

versaciones del desgraciado monarca; le recordaba su fuga á Varennes, la generosidad del pueblo con él, y la negativa, que hizo de corresponder á este acto resplandeciente de reconciliacion. En fin pasaba revista á todas las acciones del rey, desde la revolucion de 1789, y le daba consejos severos, para sus proyectos futuros. La gravedad, y el contenido de la carta de Roland hacian su caida inevitable. Luis XVI aunque habituado á ceder á la fuerza, no habia, aun, aprendido á sufrir, que se prescindiese, con él de formas exteriores de respeto; y la carta, que le dió el primer ejemplo se presentó á sus ojos, como un delirio de los facciosos, arrogantes: despidió de su consejo á Roland, Servan, y Clavieres. ^{12 junio,} Dumouriez, declarándose, abiertamente, contra sus colegas, obtúvo alguna con-

fianza del rey, y fué promovido al ministerio de la guerra; pero esta confianza no fué de larga duracion, porque insistió, siempre, en que se sancionasen los dos decretos. La corte, y Durantou le sostubieron, representando á Luis XVI, que su reposo, y, acaso, su vida pendian de esta sancion; y le confesaron tambien, que no podian conservar sus destinos, si persistia en su negativa. Despues de haber dudado, algunos instantes, tomó su partido, y anunció, abiertamente, su designio de poner el *veto* á los famosos decretos, y, sobre todo, al que tocaba á los sacerdotes, porque creia su conciencia de cristiano interesada, en no aprobarle. Los ministros no quisieron prestarse á esta determinacion, y su dimision fué aceptada.

Antes de dejar el ministerio, Dumou- ^{15 junio.}

riez publicó el estado de nuestras fronteras, y nuestros exercitos; y este cuadro era horroroso. La asamblea, con quien habia perdido sus amistades por la rotura con los tres ministros, le acusó de calumniar la Francia y el exercito, ó de haberlos, el mismo, precipitado en el peligro, provocando la guerra; y era en efecto cierto, de publico, que, no solamente, habia votado por la guerra en el consejo, sino que la habia pedido á los jacobinos, endonde, cuando entró en el ministerio, se presentó, con gorro encarnado, señal distintiva de los republicanos de aquel tiempo.

Roland se fué, tambien, á la asamblea, que aprobó, con transporte, toda su conducta. Presentó la carta, que escribió al rey; votáron, solemnemente,

su impresion, y publicacion en todos los departamentos, convidandole á los honores de la asamblea. Las aclamaciones de los tribunos se mezcláron á las de la asamblea, y adquirió, en un momento, una inmensa popularidad, que la conducta pusilanime de sus sucesores debia acrecentar, aun.

La caída del ministerio girondino, y el veto, puesto por el rey á los dos decretos, revelando el designio de poner trabas, de nuevo, á la revolucion, fuéron una verdadera declaracion de guerra, entre el monarca, y la asamblea; pero cada uno conocia demasiado, que no era asi, como se decidiria la cuestion; y ambas partes habian llegado al punto, endonde, debian llamar, á las armas! En efecto los documentos, que se halláron en el armario de hierro, las car-

tas de los hermanos del rey, y la procuracion especial, con que se apoyaban, en público, prueban bastante, que Luis XVI contaba, ante todas cosas, con los sucesos de los egércitos extranjeros, para libertarse de su prision, y sus desgracias.

Por su parte, los republicanos, habiendo perdido toda esperanza de consolidar el reinado de la libertad, por medio de los constitucionales, sin ser contrariados por la corte, conspiraron la caida del trono, y esperaron, con impaciencia, el momento de suscitar una insurreccion; pero, querian, poniendo en accion la multitud, asegurarse de los medios necesarios para dar golpes seguros, y útiles, y contenerla despues de la victoria. Deseaban un momento, y lo llamaban de todas vo-

tos; pero querian manejarle con prudencia, y dirigirle de tal modo, que fundase la república, sin destruir las últimas bases del órden social. Se reunieron en diversas comisiones; recibieron los departamentos en sus sociedades secretas, y aceleraron, con todo su poder, la revolucion, que deseaban. Muchos de estos entusiastas se reunian en la casa de la muger, del antiguo ministro Roland, tan celosa como ellos, por su bella quimera ¹; allí era, donde Barbaroja, Grange-Neuve, Westermann, y Petion, calculaban las mudanzas de una

¹ Madama Roland, justamente célebre en nuestros fastos revolucionarios, por sus gracias, sus virtudes, y sus desgracias, era ya amada de los republicanos: se sabia, que redactó, bajo la inspiracion de marido, la carta al rey, fundamento de su popularidad.

insurreccion general, y estaban resultados, si su plan favorito no salia bien, refugiarse al sur dia, para realizar allí su sistema de república; pero la inercia del pueblo les hacia temer; sospechaban, que estuviese, ya, cansado del papel, que se le habia forzado hacer, en las turbaciones politicas, é hiciese avortar su proyecto. El diputado Grange-Neuve, en un moment de exaltacion patriotico, propuso sacrificar su vida, por tan bella causa: pensaba, que, si la corte hacia asesinar un diputado patriota, semejante crimen podria despertar el odio del pueblo, y que, por consiguiente, se ofrecia él, por victima. Chabot, ex-capuchino, y revolucionario intrigante, hizo caer este grande actô de patriotismo, proponiendo, unirse á el, y renunciando, en seguida, de miedo,

al designio fanatico, que habia, inconsideradamente, abrazado, prometió, traer asesinós. Grange-Neuve, seguro deque iba á morir, esperó, muchas horas, de la noche á Chabot, y sus compañeros; pero este cobarde complice huyó, contentandose, con suponer una pretendida tentativa contra su persona, medio, que le pareció tan bueno, para hacer detestar la corte, y menos penoso para él.

Los fieros anarquistas, ya con mayoría, en las sociedades, opuestos á los girondinos, y casi sus enemigos, deseaban, tambien, una insurreccion, y querian excluir á sus contrarios de los beneficios; se apresuráron á provocarla, por apoderarse de ella, á fin de despedazar, á un tiempo, la corte, y sus aliados del momento. El movimiento, que dirigian

los anarquistas, fué intentado, en los arrabales, contra el deseo de los girondinos; sin embargo, estos no se atrevieron á despreciarle, con altanería, ni trataron de comprimirle, por miedo de desanimar al pueblo, y, acaso, tambien, por la esperanza de hacer tomar á la insurreccion una direccion favorable á sus designios.

El 19 de junio, corrió en Paris el ruido de que un motin iba á estallar. Chabot habia predicado la revolucion en el arrabal de San Antonio, y Laclos, y los orleanistas se habian reunido á él. Parece tambien, que Petión, viendo, que el movimiento empezaba, no se atrevió á detener sus progresos. Divididos, en intereses, los jacobinos¹, los girondi-

¹ Desde esta época, se designaron, ordina-

nos, y los orleanistas estában demasiado animados contra la corte, para no participar todos, de los ataques suscitados contra ella, fuesen, quienes fuesen los gefes. Este movimiento fué, pues, sostenido, por los descontentos de todos los partidos. La asamblea, á quien se denunciaron los preludios de la sublevacion, fingió no darle fe, y pasó á la órden del dia, alegando, que contaba con la calma del pueblo. Ninguna precaucion se tomó, á pesar, de haberse tocado á rebato, desde el dia siguiente, por la mañana, en las cuarenta, y ocho secciones. El arrabal de San Antonio se^{20 junio.}

riamente, con el titulo de jacobinos, solamente, los anarquistas. Los republicanos moderados se retiraron, casi, todos, arrojados de la famosa sociedad, madre.

puso en marcha, con el pretexto de presentar una peticion á la asamblea, quejándose de la destitucion de tres ministros, y pidiendo el castigo de los traidores, que habian sido conducidos al tribunal suprémo de Orléans. Se hizo conocer á la asamblea lo que pasaba; pero la mayoría no quiso negarse á recibir los suplicantes, que se dirigian á sus representantes. Santerre, comandante de la guardia nacional del arrabal de San Antonio, envió una carta á la asamblea, asegurandola de las pacificas intenciones de los suplicantes, que, en número de ocho mil, solamente, querian pedirle, así como, al rey, la reposicion de los tres ministros, y, poco tiempo despues los suplicantes entraron en el salon. El orador pronunció un difuso discurso, sobre los derechos del

hombre; y las traiciones de la corte; y despues de esta harenga, desfiláron por el recinto de la representacion nacional en medio de las aclamaciones de un gran número de diputados; sin embargo este tropel de gentes borrachas, y cubiertas de andrajos, ofrecia un aspecto desagradable. Amas de las armas de que se habian apoderado, llevaban emblemas groséros, y terribles. Por una parte se veia, un hombre del pueblo que llevaba en la punta de una pica el corazon sangriento de un cerdo, sobre el que se leia: *¡corazon de un aristocrata!* por otra, se veia otro, con los calzones hechos un andrajo, que llevaba en la punta de un palo estas palabras; *¡Vivan los que sanculotes!* otros tenian escrito, sobre sus gorras, ó sobre estar-

dantes; ¡temblad tiranos, que el pueblo está levantado!

Mientras este tiempo la corte á quien se habia reunido el directorio del departamento, se preparaba á la defensa. Los gefes de la guardia nacional estaban al lado del rey, con los batallones, de su confianza; pero muchos nobles, vestidos de negro, se habian apoderado de la guardia de la persona de Luis, y soldados nacionales, aun los mejor dispuestos, se indignaron y gritaron: ¡Fuera el bonete! En estas circunstancias, se vió el rey obligado á sacrificar, aun, sus defensores, y, por su órden, se retiraron los nobles.

A pesar de esta concesion, era preciso, que las tropas llamadas á la defensa del palacio, estuviesen de acuer-

do; á la vista de dos arrabales, transportes de alegría, y gritos de ¡Viva la nacion! salieron de los artilleros, y gendarmes. Las puertas de palacio fueron abiertas al populacho, por los mismos, que estaban encargados de rechazarle; y, como en todos los demas dias de la revolucion, los revoltosos, y los soldados se hermanaban. Los patios, y el jardin de las Tullerias se llenaron, y atacaron las habitaciones; se subió un cañon á fuerza de brazos, hasta la primera antesala, y se disponian á valerse de él, para forzar la entrada á la habitacion del rey, cuando el mismo, viendo, que no le quedaba otro partido, que tomar, hizo abrir; se retiró á un alfeizar de una ventana, endonde los granaderos de la guardia nacional le ro-

dearon, y esperó allí la horda irritada. Ciertamente, si tuvo faltas á los ojos de la nacion, la agonía de semejante dia, fué bastante cruel venganza. El tropel se precipitó al salon, que ocupaba, y cada uno, en particular, queria gozar de sus temores, y humillaciones, atropellandose unos á otros, para verle. Se sucedian unas á otras, fisonomias desconocidas, y todas tan feroces, como groseras; Legendre puso un gorro encarnado sobre la cabeza de este humillado monarca; otro barbaro del pueblo le presentó una botella; el tropel le obligó á beber á pote y gritó, *¡el rey bebe! fué el veto!* y por todas partes, se proferian las mas abominables injurias. Dumas expuso á la asamblea la posicion tan crítica del monarca, y se enta-

bló una discusion muy agitada. Los constitucionales propusieron enviar á las Tullerías una diputacion del seno de la asamblea, para preservarle del furor popular; á pesar de alguna oposicion, fué adoptada, y se enviaron diputados al lado de Luis XVI. Petion corrió, tambien, á palacio, y trató de tranquilizar al rey, acerca de las intenciones del populacho. « Nada temo, » respondió el monarca desgraciado, y llevando la mano de un granadero á su pecho, añadió: « Granadero, decid á este hombre, si mi corazon láte mas que lo ordinario. » Los oradores suplicantes se adelantaron á su turno, pidiendo la reposicion de los ministros girondinos, y la sancion de los dos decretos. El rey respondió, que queria, de buena fe, mantener la constitucion, añadiendo, con valor: « Sí hay

peticiones, que hacerme, no es este el momento de proponermelas, ni el en que yo pueda concederlas. »

En vista de esta respuesta, Petion instó al pueblo que se retirase. Las puertas, opuestas á las que sirviéron á la entrada de los invasores, se abriéron, y el pueblo se retiró desfilando delante del rey, y gritando: ¡*Viva la libertad!* ¡*viva Petion!* quedando libres las Tullerías en menos de una hora. La reyna, mientras esta escena de horror, quiso en vano reunirse á su esposo. Sorprendida, por un tropel de furiosos, se refugió á la camara del consejo, con algunos guardias nacionales. Allí vió, tambien, pasar la espantosa cohorte, y oyó los gritos, mil veces repetidos, de ¡*Viva Petion!* ¡*vivan los sanculotes!*

Por consiguiente esta jornada mal

combinada no fué decisiva, para ningun partido; pero, semejante á una declaracion formal de guerra, puso las facciones al frente, é hizo necesaria la destruccion de una de ellas.

§ III. Lafayette en Paris. — Moción de Lamourette. — Llegada de los Marselleses.

Los acontecimientos del 20 de junio hiciéron presentir un proximo catastrophe, y los amigos de la libertad no podian, ya, temer, que Luis XVI se sometiese á un orden de cosas, que le exponia á tantos peligros:]debia esperar, á cada instante, un ataque decisivo, pues, en todas partes, se hacian prepa-